

SEGUNDA PARTE

## Cuadro 5º

*La casa de Sancho. Sancho, teniendo a un lado a Sancha y al otro a Sanchica, está sentado con la cabeza inclinada sobre el pecho.*

SANCHICA.—No parece sino que habéis determinado estaros así todo un mes, con menos vida que una imagen de retablo.

SANCHO.—¡Ay, padre mío, que es pasada ya una hora, y aun más, que volvimos del cementerio!

SANCHICA.—¡Pues no se ha arrancado la mitad de las barbas y dádose de puñadas en las narices que se las ha bañado todas en sangre! Bien lo hacéis marido, pero no hay gran fiesta que no comience por la víspera...

SANCHO.—Esta es la primera vez en mi vida que veo enterrar a un hidalgo, y no hubiera imaginado que fueran menester tres veces más oraciones que a nuestro vecino Baldolvias o a la vieja Jantipa. ¡Pero vamos, padre, que dicha está ya la última y sopladas las candelas!

SANCHICA.—Quisiera saber qué harás ahora que os quedáis sin vuestro señor.

SANCHO.—¿Quién ha de darnos pan y lana?

SANCHICA.—No olvidéis que de las tales aventuras habéis vuelto no con la insula que esperabais, sino con las alforjas vacías.

SANCHO.—Pues, ¿qué nos habéis traído, a no ser vuestras historias, de tantos castillos y ventas?

SANCHICA.—Ni siquiera una saya a vuestra Sancha.

SANCHO.—Ni zapatos a vuestra Sanchica.

SANCHICA.—Sólo dos buenas mujeres son en el mundo.

SANCHO.—Sí, marido.

SANCHICA.—Sí, padre.

SANCHO.—La una se perdió y a la otra no se la puede hallar.

SANCHICA.—¿No despertáis sino para burlaros de nuestra necesidad?

SANCHO.—¡Pobres de nosotras, débiles y sin apoyo!

SANCHICA.—¡Bien os está hacernos la higa! En tanto nos cocíamos a fuego lento...

SANCHO.—¡Ay de mí, huérfana soy entre mis padres!

SANCHICA.—...vos, acomodado sobre el Rucio, como un patriarca ibas caminando de vuestro espacio, sin otro hacer que el seguir, de hartazgo en hartazgo, al hidalgo de los cascos vacíos.

SANCHO.—No a bodas, sino a descalabrarnos contra gigantes y enanriagos íbamos.

SANCHICA.—¿Qué os forzó a dejar vuestra choza?

SANCHO.—¿Y a abandonar a vuestra mujer y a vuestra hija?

SANCHICA.—¿Y a ataros a ese loco?

SANCHO.—Un falto de seso, como dijo bien maese Nicolás.

SANCHICA.—Descúbrense al diablo por las garras y a la mujer por la lengua.

SANCHO.—Esperabais hartaros, mas poco os cuidasteis de no celebrar las fiestas antes que fueran llegadas.

SANCHICA.—Navegando en el mar del placer se llega al puerto de las miserias.

SANCHO.—Tras el crudo, el duro.

(Aparece el Escribano I en la puerta).

ESCRIBANO I.—¿La paz sea con los vivos y los muertos!

SANCHO.—¿Bien venido sea vuestra merced!

ESCRIBANO I.—¿Es ésta la casa de maese Panza?

SANCHO.—Esta es su casa, adonde, en mal punto y en hora menaguada, entré.

SANCHO.—Guárdese vuestra merced, señor Licenciado, de escucharla, que las moscas hacen ruido antes de la tormenta y las mujeres, en todo tiempo.

SANCHO.—¿Pues es bien dejar la tierra sin labrar y la familia con necesidad para irse a gastar caminos?

SANCHO.—Hombre de bien soy, si es que este título se puede dar al que es pobre.

SANCHICA.—Señor Licenciado...

ESCRIBANO I.—Paz, dije, al entrar. El difunto Alonso Quijano, amo vuestro...

SANCHO.—...a quien el cielo acoja...

SANCHICA.—...amén.

ESCRIBANO I.—...ha inscrito vuestro nombre en un testamento para legaros, con plena propiedad y goce inmediato, libre de derechos, diezmos, tributos, regalías y capitaciones...

SANCHO.—Amén.

ESCRIBANO I.—...el olivar sito a la entrada de nuestra aldea, frontera a la llanura de Montiel...

SANCHO.—El oli...

ESCRIBANO I.—...los tres pollinos que están en ería...

SANCHO.—Los tres...

ESCRIBANO I.—...a más de un saquillo de ducados de probada ley y legítimo cuño...

SANCHO.—...un saquillo...

ESCRIBANO I.—...sobrantes el día de su muerte de la cantidad que el susodicho hidalgo había llegado y puesto aparte para atender a los gastos de sus andanzas y aventuras y que antojábasele llamar "tesoro de guerra".

SANCHO.—Tesoro.

SANCHICA.—Amén.

ESCRIBANO I.—Convendrá que os presentéis en persona y sin tardanza en la escribanía para poneros en posesión de los dichos bienes y para que firméis el recibo correspondiente. ¿Sabéis leer y escribir?

SANCHO.—No, pero adobar sé cueros que no hay más que ver; mi hija es hábil tejedora y no hay a cinco leguas a la redonda mejor hilandera que Teresa Panza.

ESCRIBANO I.—Firmaréis, pues, con una cruz.

SANCHO.—Y aun con algunas, si os place.

SANCHO.—Sanchica, atiende a que se regale al señor Licenciado: saca huevos de la caballeriza, corta tocino, estruja el odre y démosle de comer como a un príncipe.

ESCRIBANO I.—Gracias os doy por vuestra intención, buena mujer, pero voyme al punto a hacer penitencia a casa de nuestro cura. No dejéis de venir, maese Panza, y quedad con Dios.

SANCHO.—Que El acompañe a vuestra merced, señor Licenciado.

SANCHO.—Su favor os asista.

SANCHICA.—Amén. (No bien ha salido el Escribano I, Sancha y Sanchica saltan al cuello de Sancho). ¡Padre querido!

SANCHO.—¿Sancho mío, y qué buen cuidado tuve al escogeros entre tantos!

SANCHO.—¿Oh, caballero entre los caballeros, en quien revivieron los de la Tabla Redonda, los doce pares de Francia y los nueve héroes de la Fama, has acabado tu carrera! ¡Oh, honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, de las dos Castillas y aun de todo el mundo! ¡Oh, humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa y azote de los malos!

SANCHO.—¿Es ese sermón de cristiano? Después que os hicisteis miembro de caballero andante y sabio con vuestros benditos viajes, habláis de tan rodeada manera que no hay quién os entienda.

SANCHO.—Basta que me entienda Dios, mujer, que El es el entendedor de todas las cosas.

SANCHO.—Si bien os he entendido, predicabais, marido mío, la gratitud que debemos al señor Quijano, el más digno y docto varón que se haya visto en todo lo descubierto de la tierra.

SANCHO.—He de decir por él una oración todas las mañanas y le veré más de una vez cada día. ¿Por qué no fuí siempre anté él el que quisiera ahora haber sido? "Sancho amigo, —me decía— mi fiel Sancho"... ¡Pero del fiel Sancho a Gandalín el fidelísimo, mediaba tanto como de nuestro campanario a las Indias! Gustábame, y mucho, el vino y el comer cuando se tiene hambre. Grande era mi diligencia en apartarme de todo riesgo y en

guardarme de descalabros para lo que usaba de todos los cinco sentidos naturales. Mas todo fué en vano y ello fué justo, pues que osé reírme de las caídas del paladín y de sus muelas rotas. ¡Caiga la vergüenza sobre mí y que él me perdona en el cielo, como yo le lloro aquí en la tierra!

SANCHICA.—Lloradle cuanto queráis y holgaos en un mismo punto, marido, que los pequeños bienes que nos ha legado nos están mejor que en gobierno de no sé qué ínsula con que se os llenaba la boca y que esperábamos como agua de Mayo. Para empuñar el azadón y no la vara de la justicia está hecha vuestra mano, y, ¿podrís vos gobernar cosas que no fueran vuestras viñas?

SANCHO.—¡Por qué, veamos, no pudiera yo haber sido gobernador, si mi señor hubiese sido servido de hacerme don de una ínsula en vez de un olivar?

SANCHICA.—Aunque lloviese Dios ínsulas sobre la tierra, ninguna asentaría bien sobre vuestra cabeza. Cada oveja con su pareja, y ahora holguémonos en nuestra choza, que tan buen pan hacen aquí como en Francia.

SANCHO.—Bien habéis dicho, mujer, y así me sustentaré labrador con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones, y aún podría ser que se fuese más aína Sancho al cielo que no su señoría Panza. Pero no digáis, mujer, que no hubiera sabido gobernar una ínsula, pues fuerzas tengo para hacerlo tan bien como cualquiera.

SANCHICA.—Sancho, Sancho, en mal punto os empreñasteis de esas enaguas.

SANCHO.—Yo no estoy preñado de nadie ni soy hombre que me dejaría empreñar, del Rey que fuese. Pero cualquier hijo de mujer puede venir a ser Papa.

SANCHICA.—Para gobernador, no valéis dos maravedís.

SANCHO.—¿Pues no os acordáis que un tiempo fuí muñidor de una cofradía y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser sacerdote?

SANCHICA.—Decís verdad, que entonces teníais gentil talle.

SANCHO.—Pues, ¿qué sería si me pusiera un ropón ducal cuajado de perlas a cuestras? Para mí tengo que me habrían de venir a ver de cien leguas.

SANCHICA.—Mas, ¿cuál es nuestro provecho en todo eso?

SANCHO.—¿Llevaríais acaso agujetas en vuestras calzas? ¿No es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de veros con calzas atacadas?

SANCHICA.—Agujetas con extremos de oro. ¡Y te tengo de casar tan altamente que no te alcancen sino con llamarte señoría!

SANCHO.—¡A fe que no será tal, mientras yo coma pan!

SANCHICA.—Sancho no se morirá si la casamos.

SANCHO.—Pues no quiero que la hagáis condesa.

SANCHICA.—¿Por qué no habría de serlo, madre? ¿No tengo acaso lo que es menester para amamantar hijos de conde, o es que las condesas tienen tres?

SANCHO.—Mira, bestia y mujer de barrabás, ¿por qué quieres tú

ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case a mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría?

SANCHICA.—Vos, hermano, idos a ser gobierno o ínsula y entonaos a vuestro gusto; que mi hija ni yo no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea. La doncella honesta el hacer algo es su fiesta.

SANCHO.—¿No os holgaríais vos, madre, de sentaros en la iglesia sobre una alcatifa más graude y más bordada que la de las señoras?

SANCHICA.—Bien dices, muchacha, y ya me parece ver el despecho de esas hidalgas a quienes el viento no osa tocar y que no parece sino que tienen a deshonor el mirar a una labradora.

SANCHO.—Vale más chapín que zueco, y seda que fustán.

SANCHICA.—Tengo determinado que andes en coche, que es lo que ha de ser al caso, porque todo otro andar es andar a gatas.

SANCHO.—Arrellanada iréis, madre, sobre almohadas.

SANCHICA.—Como una papasa.

SANCHO.—(Parodiando). ¡Criado, extendad a prisa una alfombra ante su grandeza!

(Abrese la puerta y entra Aldonza).

SANCHO.—¡Señora doña Dulcinea! ¡Mirad, Teresa, por vida mía, que tenéis delante a mi señora Dulcinea!

SANCHICA.—Y decía nuestro cura...

SANCHO.—...la elegida de mi señor don Quijote, porque tan propio y tan natural es a los caballeros andantes ser enamorados como al cielo tener estrellas.

SANCHICA.—Señora, nuestro cura no es más que un asno.

SANCHO.—¡Oh, magnificencia, ya que bendecís nuestra casa con vuestra presencia, confiadme el secreto que os hizo grande, que Casilda probó el filtro de un corazón de golondrina y de jugo de verbena y...

SANCHO.—¡Avergüenzate, Sanchica, de preguntar de ese modo a su alteza! ¡Ea, dejadnos las dos y retiraos allá dentro, que ella desea, sin duda, comunicarme altas cosas!

(Salen Sancha y Sanchica. Larga pausa, hasta que Aldonza empieza a hablar quedamente).

ALDONZA.—Se acabó el reír.

SANCHO.—¿El reír?

ALDONZA.—Se reía el sepulturero al pasarme la pala y toda la gente al irse; los mozos que se llevaban una libra de cera y las mozuelas que se habían arañado el rostro por una vara de sarga. Y yo llené la fosa...

SANCHO.—¿Vos?

ALDONZA.—Al principio sonaba la tierra al caer sobre la caja. Pero fui echándola entonces suavemente hasta que no hizo otro rumor que el del cerner el trigo... ¡Decir que a menudo había yo oído ese ruido y que era para mí como todos los demás! Bailé luego sobre la sepultura para apisonar la tierra... Bailé sobre él. Era la primera vez que me hallaba junto a él, sola con él en el cementerio. Y también canté... (rompe a llorar).

(Pausa).

SANCHO.—¿Adónde iréis ahora, señora Dulcinea?

ALDONZA.—¿Lo sé por ventura? ¿Por qué no a la derecha más bien que a la izquierda? ¿Eso me da que vuelva a casa de Juan, que sirva en otro sitio o que me venda para siempre en los burdeles de Granada! No venderé caros mis huesos... Me iré a donde me empuje el viento. Pero antes quería verte otra vez, Sancho, para que de nuevo me hables de él.

SANCHO.—¿Pues no os he contado y vuelto a contar todo, señora: sus aventuras y combates, desde la del Vizcaíno hasta la de Melisandra, y sus hazañas, y sus sentencias salomónicas y que como el sol era de temer y de querer, en un mismo punto?

ALDONZA.—Sí, sí, de todo eso soy al cabo, mas, ¿su rostro? Repara, Sancho, en que nunca vi su cara.

SANCHO.—Conocílo, tiempo ha, seco de carnes y enjuto de rostro, pero habíase secado y enflaquecido más desde que fué armado caballero. Quedábanle escasos cabellos a fuerza de estarse con la celada puesta y era su barba más blanca que rubia.

ALDONZA.—¿De qué color eran sus ojos?

SANCHO.—No parecían sino dos estrellas en la noche, si bien no sabría decir con certidumbre qué color tenían... Grises, y aun podría ser que fuesen verdes...

ALDONZA.—¿No lo sabes tú, Sancho, que viviste largos años a su sombra? ¿Cómo! ¿Nunca miraste sus ojos? ¿Será menester, entonces, que vaya a abrir su tumba para saberlo?

SANCHO.—Si mal no recuerdo, eran más bien verdes y azules.

ALDONZA.—¿Mas ha mucho tiempo que murió para que alguien se acuerde! ¿De qué murió?

SANCHO.—De los golpes recibidos y de los años pasados.

ALDONZA.—¿Qué decía en sus últimos momentos?

SANCHO.—Las había con el barbero, el cura y el ama, que es gente que se pica de conocer por sus ollas cómo han de cocerse las demás.

ALDONZA.—Mas dime, ¿no habló?

SANCHO.—Sí, por cierto; daba voces llamando: “¿Dulcinea, Dulcinea!”

ALDONZA.—Yo oí su llamada en mis entrañas.

SANCHO.—Y decía entre suspiros: “¿Cuán suave hubiera sido tu mano!”

ALDONZA.—¿Oh, esta misma mano!

SANCHO.—Y de las últimas palabras, que dijo llorando...

ALDONZA.—¿Hubiera yo bebido sus lágrimas!

SANCHO.—... la postrera fué vuestro nombre.

ALDONZA.—¿Repítelas, Sancho!

SANCHO.—Yo... señora...

ALDONZA.—¿Dilo, Sancho, quiero que repitas sus palabras!

SANCHO.—¿Para qué, señora? Estaba el pobre con las últimas ansias y esos paganos le daban tal tormento que acabó por murmurar: “No hay”... No, no es eso...

ALDONZA.—“no hay...”?

SANCHO.—“¿No hay amor como mi amor por Dulcinea!”

ALDONZA.—“No hay amor como...” ¿Fué eso todo?

SANCHO.—La muerte es sorda y muda.

ALDONZA.—¿Mientras, que dijo más aún, mientras una como cuerda me arrastraba hacia su lecho, por la escalera. ¿Por qué me lo ocultas? No me harás creer que se haya partido sin disponer de mí, ni decirte lo que me dejaba ordenado. ¿Bendito sea él, si por ser tan pesado su mandato, vacilas en declarármelo.

SANCHO.—A decir verdad, no sé repetiros la antifona, si es que algo me confió de ese jaez, pues no tengo más memoria que una liebre que corriendo se pierde.

ALDONZA.—Húrgate los sesos, Sancho amigo, y halla ésa que ha de ser levadura de mi pan.

SANCHO.—No he de contar las veces que le estuve escuchando en tanto caminábamos el uno junto al otro, o mientras vaciábamos las alforjas, a la sombra de una encina de grandeza bastante a cubrirnos a entrambos. Suéname todavía sus razones dentro de mis cascos, semejantes en mucho a las que hubiera dicho en su última noche...

ALDONZA.—Te escucho...

SANCHO.—... a las que dijo, ya que lo queréis así.

ALDONZA.—(Pausa). ¿Hablarás o pasó ya el tiempo de maricastaña cuando hablaban las calabazas?

SANCHO.—Decía que... “la araña se come a la mosea, el lagarto a la araña y el hombre a los semejantes...” Y que “pecados y miserias hacen cada día más pesada nuestra alforja”. Y que “no hay hijo de Adán que iguale al buen árbol, el cual no rehusa cobijar al leñador”... No, no es así. Prestad paciencia, os ruego, que pronto haré memoria.

ALDONZA.—¿A voz lo encomiendo, San Ginés, que curáis a los mudos!

SANCHO.—Pues, decía también: “Mi misión fué el defender a los oprimidos, a los cuales serví con mi lanza y con mi espada; mas quebráronse lanza y espada y aun yo mismo”... Sí, a lo que yo entiendo, eso decía...

ALDONZA.—¿Venga la carne tras las aceitunas!

SANCHO.—Y dijo esto más: “Vé, Sancho, y repítete éste mi mensaje: “Alma de mi alma, no desampares a aquellos a quienes yo abandono, no de buen grado, que los pobres y los débiles están siempre solos”.

ALDONZA.—¿Cuál es su deseo?

SANCHO.—Páreceme, en verdad, que estoy oyéndole decir: “Sea tu debilidad más fuerte que mi fuerza. Armate de compasión, que sea la ternura tu coraza y vuelve a tomar el camino sobre el cual yo caí”.

ALDONZA.—¿Cuál es su orden?

SANCHO.—“Dejo a los desventurados mi bien soberano. ¿Vé y regálales con esa sonrisa que a mí no me fué dado gozar! ¿Consuélalos con esa mirada que a mí no me consoló! ¿Acúmalos en esos brazos que a mí no me abrazaron!”



ALDONZA.—¡Vé!... Fácil es decirlo... ¿Qué más sino coger tus al-pargatas y tu sonrisa, a falta de otra cosa, y vence, donde yo no vencí. ¡Yo, el caballero, he entregado el alma en esta empresa, pero tú, más pobre que una rata, y más porra que una gansa, has de triunfar en ella!... Todas esas bellas palabras tan lejos están de mí como las tierras del preste Juan de las Indias... Pero sí... pronto comprenderé, sí, necia de mí... Oigo, señor, que me dices: “¡Te mando obedecerme! ¿Acaso no estaré yo junto a ti para ayudarte a comprender?”

SANCHO.—¡Que San Roque y su perro, que son patronos de los viajeros, os acompañen!

ALDONZA.—Obedecer es mi suerte desde que piso la tierra. Pero jamás a obediencia tal me vi sujeta.

SANCHO.—No faltan sucesos y descalabros en el camino, señora Dulcinea. Mas veréis cuán blanco os parece el camino, entre las ardorosas tierras. ¡Cuán grande es la sombra de un cardo solitario, en leguas de cascote y cuánto gusto se recibe al beber, después del polvo ardiente, un trago de agua fresca de la fuente junto a la cual a la redonda se tienden los arrieros. Como yo, conoceréis la virtud que encierra una alcuza de ese bálsamo de Fierabrás que yo tuve en mis manos y que con sola una gota basta a aliviar el cuerpo brumado, dejándole más fresco que una col tras la helada. Y si tal corriera el dado que os molieran a palos, no os congojéis de ello, señora Dulcinea, que yo os acomodaré atravesada sobre el Rucio y os conduciré de esta suerte hasta topár con la nueva aventura, como lo solía hacer con el Fénix de los paladines.

SANCHA.—(*Surgiendo de la puerta*). ¡Ah, grandísimo embaidor, así es como os dais traza para dar papilla a las gentes con vuestras ínsulas, gobiernos, castillos y princesas, que al cabo no se acierta a saber qué es lleno y qué es hueco! Pero enhorabuena ocurrióseme estarme tras de esa puerta escuchando de solapa. Un ojo al plato y el otro al gato.

SANCHO.—¡Mirad lo que decís, Teresa!

SANCHA.—Sí, Teresa, a fe mía, y tan doña como la cabra. O me zumban los oídos, marido, u os he oído hablar de dejarnos otra vez.

SANCHO.—¿No soy, por ventura, el escudero del noble señor don Quijote, y por tanto, de su dama, a quien seguiré con el Rucio a donde me ordenare? Y será ella quien ahora vaya sobre la albarda que yo tiraré del cabestro o haré que el Rucio me tire con su cola.

SANCHA.—A buen entendedor pocas palabras. ¿No os avergonzáis, pagano, de dejar huérfana a vuestra mujer?

SANCHO.—Uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, y tal cree ir a Oñez y dará en Gamboa.

SANCHA.—¡Idos a remover el estiércol, destripaterrones!

SANCHO.—¡Idos a cuidar vuestra olla, hiladora de estopa!

SANCHA.—Bien os holgaríais que os dejara ir con esta sierpe que quiere recorrer el mundo como la infanta doña Urraca.

SANCHO.—Perdonad, señora Dulcinea, a esta villana, que, como tal, es grosera y estúpida de nacimiento, pues que sus padres lo fueron.

SANCHA.—¡Princesa de la casa de Sevilla!

ALDONZA.—Déjala con sus regüeldos hasta que hipe. Mas está en lo justo al decir que os quedéis. Quiero ir sola a donde deba ir. Es mi voluntad.

SANCHO.—Sed servida, al menos, de dejar aun ir y venir al fiel de la balanza, que cada cosa a su tiempo, y los brotes no son todavía uvas y no se canta magnificat en maitines. ¿Qué fiebre os consume, débil criatura, para que así, de buenas a primeras, os hagáis señora andante, sin haber aprendido el oficio? ¡En valiente aventura os he metido!

ALDONZA.—Tú no tienes en ello parte alguna, pues sólo has repetido sus palabras...

SANCHO.—Esechadme...

ALDONZA.—Ya no es tiempo...

SANCHO.—Señora Dulcinea, todo lo blanco no es harina y, a veces, las palabras se nos salen de la boca sin saber el cómo...

ALDONZA.—(*Gritando*). ¡Calla y ora juntamente por él y por mí! (*Sale corriendo*).

SANCHO.—¡Señora Dulcinea!... (*Aldonza ya está lejos y Sancho se deja caer agobiado en una silla*).

SANCHA.—Razón tenéis ahora en congojaros y en revolver los ojos como gato que ha ensuciado el rincón. Esechándoos me estaba ahí detrás cómo soltabais vuestro rosario de embustes, que ella, la pobrecita, ha de pagar ahora, y más caros que pimientos. ¿Tomáis gusto en echáros las de predicador como un fraile y mascullar kyries, que buenos son para la Iglesia o para el diablo, mas no para gentes de bien? Al buey por la palabra y al hombre por el asta... (*Sigue hablando mientras se esfuma el cuadro*).

## Cuadro 6º

*Sala de la Audiencia en Toledo. Pieza circular en la que sólo una ventana, estrecha y alta, atraviesa las paredes de piedras grises, sin más adorno que un Cristo sangrante, tocado con una peluca castaña y cubierto con una falda de terciopelo granate. Hueco de una puerta de dintel ovalado, cerrado por una reja que da al obscuro exterior. Debajo de la ventana, detrás de una larga mesa, en un sillón de cuero, se ve al juez como pudo pintarlo el Greco: ojos llameantes, rostro alargado y pálido, prolongado aun más por la barbilla y una alta golilla almidonada, y cuya palidez aparece resaltada por el color negro de sus cabellos y de su vestimenta. En un extremo de la mesa hállase el Escribano II, junto al cual, de pie, está el Alguacil Mayor.*

*(Mañana luminosa de otoño).*

JUEZ.—Páreceme que hay en todo esto más desatino que malicia, señor Alguacil Mayor. ¿Tenéis algo más que reprochar a esta mujer?

ALGUACIL.—Al siguiente día hallóla uno de mis hombres en el foso de las empalizadas, donde se empeñaba en ayudar a bien morir a una vieja ramera moribunda.

JUEZ.—¿Eso es todo?

ALGUACIL.—So pretexto de que ha oído sollozos, penetra en las casas de las personas principales y de los pobres, si bien no ha habido un solo toledano que se haya dejado burlar con tan bardo engaño, siendo la ladrona, con toda justicia, arrojada a la calle. Mas todo esto no sucede sin acompañamiento de injurias y golpes, con el concurso de mucha gente y gran algarabía.

JUEZ.—¿Ladrona, habéis dicho?

ALGUACIL.—Por tal se la tiene, aunque no se la ha sorprendido robando. Y bien se puede creer que es moza de éstas de la casa llana, pues se fué tras los soldados que sudan sus bubas en el hospital de Mendoza, diciéndoles que era su ánimo darles alivio escuchando sus historias y divirtiéndolos con bailes; pero ellos la azotaron con sus cinturones.

JUEZ.—¿De qué se sustenta esa mujer?

ALGUACIL.—Del pan que recibe del hermano portero de Santo Domingo.

JUEZ.—¿De dónde viene?

ALGUACIL.—Aun no lo sé, pues no he tenido ocasión de interrogarla hasta ahora. No ha más de una semana que mis arqueros la ven errar por las calles.

JUEZ.—¿Podrías encontrarla sin gran trabajo?

ALGUACIL.—Al punto, si vuestra merced, señor Juez, así lo determina, porque gusta esta mujer hacerse notoria cada día por algún hecho señalado o una paliza.

(*Entran el armero Ginés de la Herra y su forjador Cocles*).

GINES.—¿Dígnese vuestra merced, señor juez, oírme y hacerme justicia!

JUEZ.—Os escucho, maese Ginés de la Herra, y si para todos ha de ser severa la justicia, tanto más lo será para vos, que honráis como ninguno el buen nombre de nuestra villa.

GINES.—He aquí el mejor forjador de mi fragua, el cual, por ser del un ojo tuerto, se llama Cocles. Trabajó para mi padre antes de trabajar para mí. Quedóse sin pestañas del mucho mirar el maléfico fuego verde que relumbra en las espadas al ser cogidas con las tenazas, y a fuerza de abrir los ardientes crisoles para cechar en ellos la arena a puñados, háñsele vuelto las manos nudosas y negras, como leños hechos carbón. Este hombre, empero, acaba de rebelarse y de abandonar su yunque en mitad del trabajo.

COCLES.—Dice verdad el maestro, que malogré una hoja al dejar de templarla. He aquí mi mano para que me la cortéis, si así lo deseáis, como se hacía en los tiempos de mi abuelo con los indignos forjadores. Pero suplico a mi amo que me haga gracia de dejármela para seguir forjando, y le pido humildemente otra suerte de castigo.

GINES.—Conserva entrambas manos, Cocles, que ya las habremos menester; pero se hará justicia en resguardo de la dignidad de nuestro arte. Importa, por sobre toda otra cosa, que forjemos nuestras armas como las forjaron nuestros antepasados. El agua en que son templadas, el agua del Tajo, es siempre la misma, e iguales han de mantenerse los brazos que las fraguan, pues tu honra, ¿no es acaso la mía?

COCLES.—¿Por San Jorge, por San Miguel y por todos los portapadas del paraíso, que tenéis razón, maestro! Para que yo haya olvidado nuestra regla de oro, forzoso es que esa endemoniada haya usado de sus malas artes... He de publicar mi vergüenza hasta que la tierra me llene la boca.

JUEZ.—Es usanza que el compañero que se ha rebelado y que ha quebrantado las leyes de su oficio, sea azotado por manos del verdugo, mientras es llevado desde San Cipriano hasta Santiago del Arrabal. Azotado has de ser, por el consiguiente. Y la ley agrega que se le pondrá luego en la picota, para tormento suyo y regocijo de la multitud. De esto, empero, te haré gracia, si tu maestro consiente en ello.

GINES.—De todo corazón.

JUEZ.—Llevaos a este hombre, señor alguacil, y llamad al verdugo.

GINES.—¿Vé, pobre Cocles!... Hemos de sacar aún del barro y del fuego multitud de espadas, tan duras que atraviesen una coraza y tan flexibles que se curven como varas de mimbre.

COCLES.—...Y que, al soltarlas, resuenen como el Angelus lejano...

¡Benditos seáis!

(*Sale llevado por el Alguacil Mayor*).

GINES.—Digo, ahora, que no es éste el más culpable, y sobre otra cabeza debe caer su rigor, señor Juez.

JUEZ.—¿Hay más?

GINES.—Pido justicia contra una mujer, o mejor, contra una endemoniada, como dijo ese buen hombre. Vuestra merced conoce el patio de mi casa, con el pozo y el emparrado, debajo del cual se abre la cueva de Vulcano.

JUEZ.—Más de una vez honréme siendo huésped en vuestra casa y recibí gusto en admirar vuestros trabajos, oyéndoos discurrir sobre vuestro glorioso oficio.

GINES.—Pues en ese patio hallábame, no ha mucho, sentado, ofreciendo, como es costumbre, vino a mis amigos y parroquianos, en tanto sopesaban mis dagas o hacían vibrar un espadón, cuando acertó a entrar una mujer, de piel, cabello y vestidos oscuros, como atraída por esa cadencia de martillos que miden la eternidad. Púsose en el soplo cálido de la puerta, mirando a mis cíclopes, que, desnudos bajo los tostados delantales de cuero, se agitaban ante el fogón entre haces de chispas, y allí estuvo hasta que, de pronto, me pidió agua del pozo para darla de beber a mis hombres...

(*Vuelve el Alguacil*).

ESCRIBANO II.—Acercaos, señor Alguacil, que tengo para mí que negocio es éste que os importa.

GINES.—¿Cómo podía yo permitir que tal hiciera? Con todo, tuve a bien explicarle que la menor interrupción del trabajo pondría en peligro las hojas, las que debían ser golpeadas sin dar punto de reposo para que fuesen dignas de llevar mi nombre. Pero no dió esa mujer señales de entender tan nobles razones. Antes bien, temblorosa y con grandes voces, dióse a apostrofarmos por estar sentados a la sombra con nuestros jarros delante...

ESCRIBANO II.—No parece sino que despertaran las gentes peores cada día que cuando se acostaron.

GINES.—...y nos hizo no sé qué mal razonado sermón sobre la bondad y la justicia. Primeramente, dímos en reír, animándola a que más discurriese y aconsejándola que se partiese a libertar esclavos a las Indias Occidentales. Mas acabaron mis hombres por oírla. Acallóse primero un martillo; luego, dos, y, finalmente, todos, mientras seguía ella predicando: "De la mano que siembra el trigo a la boca que come pan blanco, ¿ha de mediar siempre mayor espacio que el del brazo extendido?" Salieron los hombres al patio, y Cocles, antes que algún otro, tendió la mano hacia el cántaro. Echóse entonces a reír la mujer, y ¡Dios me perdone, si caí en ese punto en el pecado de cólera!

ESCRIBANO II.—El que fomenta la revuelta deberá enamorarse de las señoras galeras, al punto de servir las por toda su vida, de lo que responderá con su cuello y con sus espaldas. Pero en las galeras del rey no hay lugar para las mujeres.



GINES.—Dije, entonces, a los compañeros lo que me tocaba decirles, e hice apresar a la predicadora para entregarla a los alguaciles. Mas la mujer acertó a zafarse de sus aprehensores y escapó como cierva acosada por la jauría, no dejando huella ni rastro en las encrucijadas de las callejuelas.

ALGUACIL.—Presto la habremos cercado y cazado, si así lo ordena esta vez el señor Juez.

JUEZ.—Id tras vuestra caza, señor Alguacil, y cuando la hayáis atrapado, traedla aquí, mas... sin morderla.

## Cuadro 7º

*Restos de un palacio visigodo, entre las ruinas de la judería de Toledo. Sombra atravesada por los rayos del sol que penetran por los techos hundidos. Un hombre que se mira en un cubo de agua se ajusta sobre el rostro un trozo de vejiga, dándole forma hasta convertirlo en una horrible úlcera que parece corroerle la cara. Junto a él, se despioja un fraile de burdo hábito. Tendidos sobre miserables jergones, hállanse el Desmochado y la Salmerona. Completa el cuadro el Manco con un brazo sin mano enteramente vendado y sujeto al cuello por un pañuelo.*

HOMBRE DE LA ULCERA.—¿Por qué había de confesar? No hay peor cosa que echarlas de canario y cantar en el tormento.

DESMOCHADO.—Quien canta, sus males espanta.

HOMBRE.—Pero no en ese coro. Os digo que hay que tener ánimo para no desplegar los labios. ¿No tiene tantas letras un “no” como un “sí”? Harta ventura tiene el archipiécaro que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos.

SALMERONA.—Decid vos, don cogullas, ¿son los tales grandes y gordos?

FRAILE.—Bien merecerían ser puestos en salazón y enviados al prior de mi convento.

MANCO.—A cuento me estaba el ponerme este hermoso brazo. Si no, decidme si aun un médico descubridor de fiebres pudiera descubrir este embuste. *(Desprende con el izquierdo el falso brazo derecho y lo arroja al suelo).* Y ¿qué decís de mi jubón? ¿No está debidamente acuchillado para poner a mi alcance todas las bolsas? *(Aparece una mano por diversas rasgaduras del jubón y luego saca su verdadero brazo derecho).* ¿Ya no se alienta el arte en Castilla! Traigo tan sólo un maravedí.

HOMBRE.—Echalo a cara o cruz. Si sale cruz, la úlcera ha de roerme una pierna, si sale cara, me comerá la nariz.

MANCO.—¡Cara!

HOMBRE.—Ofendamos, pues, la imagen de Dios y espantemos a las buenas almas.

SALMERONA.—*(Al fraile).* Dime, ¿de qué arte te vales para oler tan mal?

FRAILE.—Mejor le está al soldado oler a pólvora que a algalia.  
(*Aparece Chiquiznaque, pícaro de capa y espada, con el rostro conde de cicatrices.*)

CHIQUIZNAQUE.—No volverá Tagarete a compartir nuestro pan.

HOMBRE.—¿Tuvo buen fin?

CHIQUIZNAQUE.—Ejemplar.

MANCO.—La honra de su muerte rociará toda la cofradía.

CHIQUIZNAQUE.—Subió por sus pies la escalera; no a gatas, ni de espacio. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa; tomó la sogá y púsole en la nuez.

HOMBRE.—Sea el cielo servido que podamos imitarle, cuando tomemos su lugar.

CHIQUIZNAQUE.—Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos y mantuvo hasta el fin una gravedad que no había más que pedir.

SALMERONA.—¿Sacó al punto la lengua?

CHIQUIZNAQUE.—Al punto, mas ninguno ha de decir mal por ello, que sacóla después que el verdugo hubo saltado a horcajadas sobre sus hombros y se hubo balanceado cinco a seis veces. Luego hízole cuartos, como lo ordenaba la sentencia, y dióle por sepultura los caminos. Pero yo entiendo que no hará mesa franca a los grajos y que los pasteleros le acomodarán en los pasteles de dos maravedís.

FRAILE.—Bien hago yo en no comer jamás un pastel de dos maravedís sin decir un "requiem aeternam".

(*Entra Cristola, una vieja.*)

CRISTOLA.—¡Deo gratias!

TODOS.—¡Dios te bendiga, madre!

CRISTOLA.—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo, antes que lloréis como yo los ratos que perdisteis en la mocedad.

HOMBRE.—Triste te nos llegas, como perro de pastelero por carnes-tolendas.

CRISTOLA.—Tan duro es el pan de la vejez que aun un maldiciente no podría morder en él. Esta mañana, al amanecer, en acabando de oír mi misa, púseme a abispar. Un pañero sacó de la casa de la Moneda más de quinientos sonantes doblones. Lo seguí hasta descubrir su casa, que está aislada. ¿Me oyes, Manco?

MANCO.—¿Has tanteado la groseza del muro y diseñado el lugar para hacer los agujeros?

CRISTOLA.—En una hora no se tomó Zamora, hijo mío... Mañana, no más tarde, estaré en esa casa diciendo la buenaventura a los criados.

MANCO.—Buena te la dé Dios, madre.

CRISTOLA.—Traigo para ti, Chiquiznaque, instrucción de encomendarte un chirlo que se ha de grabar en el rostro de cierto mequetrefe y una euchillada fingida a un viejo regidor para quitarle los ánimos. El principal es quince ducados de los que has de tocar doce.

CHIQUIZNAQUE.—No hallarán compañía en mi talego, porque tiene

más dobleces que pañuelo de desposado. Mas no tendrán tedio por mucho tiempo.

CRISTOLA.—Y ahora a ti, fraile, te traigo también algo, si es que de tal no tienes sólo los hábitos, sino aun la santa unción.

FRAILE.—Sacerdos in aeternum.

CRISTOLA.—¿Júraslo por, tu salvación?

FRAILE.—¡Por el crisma de mi consagración! Tres años puse diligencia en comerme las limosnas de los pobres en el refectorio de San Francisco.

HOMBRE.—Magro debió de ser allí tu yantar para que te determinases a saltar los muros de la clausura.

FRAILE.—Contento tenían allá las tragaderas, pero no así esa otra parte de mí mismo que me es más querida. Di dispensa de votos a mis pies y huí llevándome a una novicia de Santa Goburga, la cual está ahora, por mis pecados, en las casas llanas de Málaga. Dios la perdone como perdonó a Magdalena. Introdújeme entre los comisarios de la Cruzada y dime en vender bulas de la Santa Sede para la remisión de los pecados y reliquias de mártires de las que me provee la huesera.

CRISTOLA.—¿Quieres merecer cincuenta reales?

FRAILE.—Responda por mí esta sotana, que tiene más agujeros que una flauta, más puntos que un libro de música y más remiendos que una pía, y pregunta también a mis apostólicas sandalias. (*Muestra sus pies desnudos.*)

CRISTOLA.—Es menester un clérigo complaciente para cierta muñeca de cera en la que tengo mezclados unos recortes de uñas que me dieron. La bautizarás cristianamente con el nombre que te diré y hundirás una hostia consagrada en su vientre. Dirás luego las oraciones de los agonizantes, en tanto la hago yo fundir a fuego lento...

FRAILE.—¡Misericordia, Señor!

CRISTOLA.—¿Te niegas?

FRAILE.—No tal, que la fe cuenta más que las obras y ¡malditos sean los luteranos que sostienen lo contrario!

(*Entra corriendo Aldonza, desgreñada y jadeante.*)

ALDONZA.—¡Asilo! ¡Escondedme!

SALMERONA.—¿De dónde nos sale este haz de huesos?

CHIQUIZNAQUE.—¿Quién os persigue?

ALDONZA.—Los alguaciles...

CRISTOLA.—Es de la familia.

MANCO.—¿Ladrona, hechicera, dama de la agujeta?

SALMERONA.—¡Deslustrada piel tiene!

ALDONZA.—Me buscan para prenderme... ¡Protejedme! ¡Tengo miedo!

HOMBRE.—¡Miedo tiene el angelito!

ALDONZA.—Me espanta la prisión con sus fríos bichos, los cepos que agarran por los pies... ¡No quiero, no!... Y el látigo...

MANCO.—Hablas en latín a tonsurados. Alábanse los verdugos de Toledo de tocar pasacalles mejor que en ninguna otra villa.

DESMOCHADO.—Y en laúdes de costilla, con cuerdas de carne.

ALDONZA.—¡Socorredme!

HOMBRE.—¡Y la picota, mansa oveja, y las alegres voces de la multitud y los huevos podridos que se estrellan en el rostro...!

(Aldonza oculta la cara).

MANCO.—Y el aceite hirviendo...

DESMOCHADO.—Y el plomo derretido.

SALMERONA.—Y las tenazas que muerden los pechos...

HOMBRE.—Y sobre el amoroso caballete, el beso abrasador del enrojecido hierro.

(Todos rompen a reír).

ALDONZA.—¡Malditos perros que os burláis de mi miedo!

CRISTOLA.—Déjalos, hija, que ríen y cesad ese temblor, porque ya veis que los corchetes de la audiencia no os han prendido aún.

CHIQUIZNAQUE.—Demasiado cobardes son para aventurarse hasta aquí, si no es en cuadrilla.

FRAILE.—Atajos conocemos, y no pocos, por donde desaparecemos como ratas.

ALDONZA.—Han debido de perder el rastro. Os agradezco y que Dios os lo pague. (Se levanta para irse).

CHIQUIZNAQUE.—¡Esperad! ¡Tan venida a menos está la cortesía que puede cualquiera entrarse por las casas sin llamar, y sentarse, y levantarse y despedirse luego, sin decir esta boca es mía? Vé tú, Manco, a hacer la guardia bajo el arco y si vieres siquiera la sombra de una capa negra, danos pronto aviso.

(Sale el Manco).

CHIQUIZNAQUE.—¿Quién sois?

ALDONZA.—Nada soy. Un plato de nada con salsa de miseria y sal de lágrimas. ¿Quiénes sois vosotros?

HOMBRE.—Desposados de la euerda.

DESMOCHADO.—Podemos acomodarnos, pues no eres fea.

SALMERONA.—Lástima que estés tan sucia como el fraile.

CHIQUIZNAQUE.—¿De dónde vienes?

HOMBRE.—Te enseñaron el triunfo en Madrid o la baceta en Sevilla?

SALMERONA.—¿Has pescado aún en las almadrabas de Zahara?

FRAILE.—¿Por qué te seguían los alguaciles?

CHIQUIZNAQUE.—No responderás?

CRISTOLA.—¡Ea, déjala, hijo!, que la pobrecita aun no se recobra. Dinos, hermosa. ¿qué te ha sucedido?

ALDONZA.—Más que el vino, embriagan el sonido de las palabras y los vapores de la cabeza... He estado sumida en esa embriaguez de muerte por largo tiempo. Mas todo ello es ya acabado. Ahora me despierto y me vomito a mí misma. No lo comprendéis, ¿verdad?

FRAILE.—Quién sabe. Nada hierde tanto como la esperanza que se pudre, y a lo que yo entiendo, eso es lo tuyo. Cuanto mayor es la esperanza peor es el hedor.

ALDONZA.—Hambre tengo y frío. "Si no tenéis ni fuego, ni pan, ni cobayo, seguid vuestro camino y dejad en paz nuestros oídos". ¿Acaso no andan acertados? El mejor de los sermones no puede llenar las tripas vacías. ¿No es de viento, y lo que llaman "cálido afecto" impide menos helarse que una mala manta. No bien me hubieron despojado, me dieron a entender que no era buena para nada... Diles mi camisa, y desnuda estoy bajo el vestido. Y esto había de ser sólo el comienzo.

DESMOCHADO.—Quítate también el vestido, que ninguno te irá a la mano.

CHIQUIZNAQUE.—Largas piernas y ágil talle.

HOMBRE.—Ventre liso y levantados pechos.

ALDONZA.—Aunque vacía una mano es una mano. Pero, ¿habríasia tú asido euando no te las echabas aún de bruja y de éuralotodo? A mí no me fué menester usar de la balanza.

HOMBRE.—¿Buseas tres pies al gato?

ALDONZA.—Por tal causa debíasles tener amor más devoto.

FRAILE.—¿Quién ha arrojado sobre ti tal simiente? ¿Hombre o mujer o ese viento que sopla per doquiera?

ALDONZA.—Callad. Dejadme con lo que sólo a mí pertenece, que no tengo otra hacienda. Negro es el sol y no hay más fiestas que las de los malos santos.

CHIQUIZNAQUE.—A castellano sueran las palabras, mas pernam-bucano es su sentido.

CRISTOLA.—Llora, hermosa mía. Tu cantar no es muy concertado, pero puedes quedarte con nosotros, si así lo descas.

ALDONZA.—¿Qué mucho sería padecer, si fuera por alguno? Mas no valía yo para eso.

SALMERONA.—Cuida que no se te enfríe el pastel, tía Cristola, si todavía el viejo que sabes busca mujeres para ponerlas en cruz.

DESMOCHADO.—¿De qué sirve el llorar? Una blanca vale medio maravedí, pero una lágrima no vale media blanca.

FRAILE.—En tiempos que yo llevaba el hábito de los novicios era puro como un querubín, y gozoso iba tras las huellas de los confesores... Vinieron, empero, las tentaciones y volvíme a las ollas de Egipto. Acabé de venir en conocimiento entonces que nunca sería más que un mal sacerdote y como tú, lloré de asco por mí mismo... Y ya ves, hija mía, que se hace uno a todo... Tomé, pues, mi partido. Las rosas tienen espinas y así me apego a la vida como si no fuera yo una inmundicia. ¿Qué te parece, si uniéramos nuestros fastidios? Pues, ¿qué? ¿no haríamos buena pareja?

CHIQUIZNAQUE.—Aguarda hasta que sepas si gusto yo de ella.

HOMBRE.—Tened cuenta de mis cartas antes de mostrar las vuestras.

CRISTOLA.—¡Haya paz, que la ley es la ley! A ella toca el escoger, o bien, jugadla a los dados. ¿Qué dices de esto, hermosaica?

ALDONZA.—En el lugar estoy que merezco: entre el rufián, el nariz carcomida, la alcahueta y la ramera.

SALMERONA.—Mirad como ya conoce nuestros nombres.

CHIQUIZNAQUE.—Echa suertes, tía Crístola.

FRAILE.—¡Echa suertes!

HOMBRE.—Aguardad y haya silencio. Mirad qué nueva dondura muestra mi llaga en breve espacio de tiempo. Pues, ¡no la adornan gusanos como si le hubiera frotado un pedazo de queso! (*Hace un guiño prometiendo alguna chanza y se acerca a Aldonza*). Perdona a éstos y a mí con ellos, niña de rosas, que la mucha desventura vuelve el juicio a los desgraciados. Bien acabo ahora de entender tus lamentaciones por las cuales nos has descubierto la sobrecarga de caridad de que tu corazón está henchido. Pues, ¿qué más tienes que descargarla sobre nosotros, que lo habemos menester? Mas examinémosla primeramente y veamos cuánto vale.

ALDONZA.—¿Qué me queréis?

HOMBRE.—¿Sabes tú lo que es estar solo entre los hombres?

ALDONZA.—Bien lo sé, y nadie pudiera saberlo mejor en todo lo descubierto de la tierra.

HOMBRE.—Las caricias para los demás, para mí, años sin sentir el tierno roce de los labios...

SALMERONA.—(*Risa breve*).

HOMBRE.—Mira esta úlcera que me come las narices y que ya empieza a morder la boca. Avanza primeramente levantando escamas de la piel, toma luego la carne desnuda, la carne roja, y tórnala gris, luego violácea, más tarde verde, mezclando colores y pestilencias. No hay que admirar que nadie me bese.

ALDONZA.—Te lavaré esa llaga con yerbas que conozco.

HOMBRE.—No es eso lo que espero.

ALDONZA.—Di lo que has menester.

HOMBRE.—Sentir el beso de tus labios en mi llaga.

(*Risas ahogadas de los demás*).

ALDONZA.—No.

HOMBRE.—No, ¿verdad? Tu compasión no es más que un embuste. Es fácil decir: lo haré, mas luego en la comedia no sabes tu papel. Para nosotros los membrillos podridos y las cáscaras de melón. ¡Cuán necio he sido en esperar algo de ti!

CRISTOLA.—No rehusó el Cid Campeador abrazar al leproso, y abriendo sus alas luminosas recibió el beso San Lázaro.

SALMERONA.—¿No harás tú lo que él hizo?

FRAILE.—Lo que hicieron San Martín en el camino de Focea, San León Papa en el baptisterio de Letrán y San Francisco en San Salvador de los Muros.

DESMOCHADO.—Ya ves que no es imposible.

HOMBRE.—(*Fingiendo sollozos*). ¡No tienes piedad!

ALDONZA.—(*En voz muy baja*). “¡Alma de mi alma, no desampares a aquellos a quienes yo abandono! ¡Ten ánimo!” (*Se levanta y se acerca al hombre de la úlcera*).

SALMERONA.—¡Tan sólo un beso!

CRISTOLA.—Que lleguen apenas a mojarse tus labios en la llaga.

(*Aldonza retrocede. Los demás la rodean*).

TODOS.—¡No tienes piedad! ¡No tienes piedad! ¡No tie...

(*Aldonza se aproxima de nuevo, se inclina, se santigua. Pausa. Besa la llaga*).

FRAILE.—¡Señor y Dios mío!

(*Aldonza permanece erguida, con los ojos cerrados, mientras el hombre se arranca del rostro el pellejo de la úlcera fingida. El fraile no se ha movido. Estallan luego grandes risas que hacen abrir los ojos a Aldonza*).

HOMBRE.—¡Milagro! ¡Estoy curado! ¡Mira el lugar donde me besaste!

ALDONZA.—(*Exclamando asustada*). ¡No es verdad!

HOMBRE.—¡Mira!

SALMERONA.—¡La piel está sana!

HOMBRE.—¡Toca!

CHIQUIZNAQUE.—¡No quedan rastros del mal!

DESMOCHADO.—¡Milagro!

ALDONZA.—¡Tengo miedo de Dios!...

TODOS.—¡Milagro! (*Vuelven a reír*).

MANCO.—¡Los alguaciles!

CRISTOLA.—(*Al Desmochado*). Dame tu brazo, hijo, y que nos traigan las sombras.

MANCO.—Divisé las varas de la justicia y al mismísimo Alguacil Mayor con una cuadrilla de arqueros

HOMBRE.—Tiempo es de marcharnos con gentil compás de pies.

MANCO.—¿Duermes, fraile, o ambicionas venir a ser obispo de los campos?

(*Desaparecen todos, quedándose sola Aldonza bajo un raudal de sol. Por el fondo aparecen los arqueros*).



Cuadro 8<sup>o</sup>

*De nuevo la sala de la Audiencia. EL JUEZ y el ESCRIBANO II han vuelto a ocupar sus lugares en la larga mesa. ALDONZA se halla sentada al fondo. Los arqueros guardan la reja, detrás de la cual bulle una confusa multitud que pega sus cabezas a los hierros. Ginés de la Herra y Pedro Martínez están de pie frente al Juez. Va cayendo la tarde y se advierte bajo la estrecha ventana el claroscuro del sol poniente.*

JUEZ.—¿Reconocéis, pues, ser verdaderos tales hechos y que, para dar remate a tales y tantas extravagancias y vejaciones, habéis predicado la rebelión a los forjadores del maestro armero Ginés de la Herra?

ALDONZA.—Si, como decís, he predicado, no ha sido la rebelión a los forjadores sino la bondad al maestro.

ESCRIBANO II.—¡Callad, lo mismo da!

JUEZ.—Como quiera que ello sea, dejaron sus martillos los hombres y malograron la obra...

GINES.—Y mucho tiempo las espaldas de mi pobre Cocles darán buen testimonio de tu bondad.

JUEZ.—Mas, ¿qué otra verdad se oculta detrás de la verdad de los hechos?

GINES.—Ya que vuestra merced, señor Juez, desea oírle, he aquí a don Pedro Martínez, quien hará mayor luz en este asunto.

VOZ.—(En la multitud). Es el mercader de sedas de Santo Tomás.

P. MARTINEZ.—Beso las manos a vuestra merced, señor Juez.

JUEZ.—Hablad, maese Pedro Martínez, y decid si, en verdad, conocéis a esta mujer.

P. MARTINEZ.—Vila repetidas veces en la venta del Toboso, donde yo me detengo dos veces al año, cuando voy a Murcia por mi negocio. Criada era esta mujer en la tal venta, siendo sus menesteres sacar agua, preparar la comida, hacer los lechos y, pues, no debo callar cosa alguna, procurar contento a los arrieros.

VOCES.—(En la multitud).

—¡Chinche de posada!

—¡Y altiva como hija de arzobispo!

—Debió quedarse para lavar las escudillas!

P. MARTINEZ.—Con todo, buena mujer, aunque suelta de lengua. Animoso en su oficio y simple como un niño. Entreteniase el ventero a sus costas y todos hacíamos burlas de su credulidad... Aldonza, ¿me reconoces?

ALDONZA.—Bien reconozco al señor Pedro Martínez, y con más rigor que vuestra merced, hubiera hablado yo de mí misma.

JUEZ.—¿Por qué habéis salido del Toboso?

ALDONZA.—Si ayer me lo hubiese preguntado vuestra merced, bien pudiera haber enronquecido que yo no lo hubiera dicho. Era un hermoso secreto que guardaba más celosamente que un avaro su bolsa. Pero ahora, puedo declararlo todo.

JUEZ.—¿Por qué vinisteis a Toledo?

ALDONZA.—(Ruda y agresiva). Porque amo y he sido amada.

VOZ.—(Que canta en la multitud).

“Uno soy y eres una,  
uno y una forman dos...”

ESCRIBANO II.—¡Silencio!

ALDONZA.—No se me da un ardite que hagan burla de ello.

JUEZ.—¿Os trajo aquí algún mozo y os abandonó?

ALDONZA.—Muerto era aquel a quien amo, cuando me partí.

JUEZ.—¿Huáis de la congoja que el no verle más os causaba?

ALDONZA.—Nunca vi a aquel a quien amo y nunca me vió aquel que me amaba.

ESCRIBANO II.—Veinte años ha que tomo esta pluma de justicia y jamás oí más extrañas razones.

JUEZ.—Decidme, ¿quién era?

ALDONZA.—Un hidalgo de ésos que llamáis caballeros andantes. Ibase por todas las cuatro partes del mundo, cubierto de pies a cabeza de resplandecientes armas, caballero en su rocín, y seguido tan sólo por su escudero. Dondequiera que pasaba socorría a los desvalidos, enderezaba tuertos, castigaba a los malvados... y así murió cumpliendo su misión.

JUEZ.—¿Cuál era su nombre?

ALDONZA.—Don Quijote de la Mancha.

JUEZ.—¿Es, pues, verdadero que en estos tiempos en que Dios ha sido servido de hacernos vivir, sea en el mundo tal loco que haya imaginado resucitar la edad de oro y a los palmerines de antaño?

P. MARTINEZ.—No a Palmerín, sino a Gonella o Mingo Revulgo, que no otro parecía ese bufón a quien seguían los muchachos y que andaba, como se suele decir, por los cerros de Ubeda. Oí contar sobre él no pocas regocijadas historias, de un cabo a otro del país manchego.

JUEZ.—Una vez desaparecido el hidalgo, ¿soñasteis vos con continuar su obra?

ALDONZA.—Cuando el tejedor cae muerto sobre su tela, otro toma su lugar, anuda el hilo y echa a andar la lanzadera.

JUEZ.—Y luego os pusisteis en camino para derramar piedad sobre las piedras. ¿Es eso conforme a razón?

ALDONZA.—¿Es conforme a razón que él viniera a buscarme en el todo?

ESCRIBANO II.—¿Qué contento os procura el ser apaleada en cada enervada?

ALDONZA.—El de conseguir semejarme algún tanto a mi señor, pues nadie fué como él tan golpeado por los malos...

(Risas tras las rejas).

ALDONZA.—...ni tan ofendido por los villanos.

GINES.—¿No más que por villanos?

ALDONZA.—Y también por otros que no tenían la excusa de ser villanos.

JUEZ.—Mas no habiéndoos visto nunca, ¿cómo se enamoró de vos y cómo os lo hizo conocer?

ALDONZA.—No sabré decir a vuestra merced cómo llegó a amarme; pero en cuanto al modo cómo me lo dió a entender, ello fué por medio de una carta que me trajo su escudero. Un día bendito, un día terrible.

JUEZ.—¿Nada más que una carta?

ALDONZA.—No era menester otra alguna, pues que todo en ella quedaba dicho.

ESCRIBANO II.—Unas pocas palabras azucaradas son bastantes al demonio para embaucar el corazón de una mujer.

ALDONZA.—Más cuesta, según me doy a entender, untar la péndola de un escribano.

(Risas entre la gente).

ESCRIBANO II.—¡Silencio!

P. MARTINEZ.—El origen y principio de todo, si place a vuestra merced oírme, no fué sino una burla en la que tuve yo parte, sin prever adónde había de llevarnos.

ALDONZA.—¿No se acuerda, señor Pedro Martínez, que fué vuestra merced quien me leyó la carta?

P. MARTINEZ.—Bien lo recuerdo. Era una hermosa carta, pero...

JUEZ.—Os escucho.

P. MARTINEZ.—Una tarde de la última primavera hallábame en el Toboso en compañía de mi compadre Tenorio Hernández, quien puede confirmar lo que declaro, si vuestra merced así lo solicitare, cuando acertó a pasar el escudero del hidalgo loco, en demanda de cierta Dulcinea, princesa del Toboso, a quien debía entregar un mensaje de su amo. Las más galanas razones contenía la carta que el caballero enviaba a la tal dama, la cual era hija de su imaginación, pues jamás habitó el Toboso Dulcinea ni princesa alguna. Bien se echaba de ver que el escudero era simple como novicia gallega. Digo, pues, a vuestra merced que no acierto ahora a saber quién acordó de hacer creer al escudero que Aldonza era aquella a quien buscaba, y a Aldonza que el ilustre don Quijote le enviaba esa embajada y se moría por su causa.

(Aldonza enmudece, inmóvil, mientras la turba regocijada ríe).

ESCRIBANO II.—Muy alta alzabais la voz, mozueta, mas llegada es la

hora de no desplegar los labios...

JUEZ.—¿Creyeron ellos la burla?

P. MARTINEZ.—Tal simpleza mostraron entrambos. Materia de gran de risa era ver al gordo y crédulo criado contar las piedras del suelo con las rodillas para dar la carta a la moza.

VOCES Y RISAS DE LA GENTE.—¡De rodillas!

—¡Fuerza era ser un necio!

—¡Qué decía la princesa!

P. MARTINEZ.—Ella pidió que le leyesen y releyesen la epístola hasta que vino a saberla de memoria. Néctar parecía beber al oír que la llamaban "Señora de mis pensamientos"...

VOZ.—¡Ah, señora de mis pensamientos!

P. MARTINEZ.—... "estrella de mi ventura"...

VOZ.—¡Estrella!

P. MARTINEZ.—... y "soberana de mi alma".

VOCES.—¡Soberana! ¡Soberana!

ESCRIBANO II.—¡Silencio!

P. MARTINEZ.—Vuestra merced ve que no era sino broma sin malicia.

GINES.—Una alegre broma.

JUEZ.—Una broma que, a lo menos, pone todo en claro, pues bien se deja ver que el encandilado autor de esa carta no pensaba, en verdad, en mujer alguna real y que la pasión amorosa no tuvo más ser que el humo de vuestras visiones. Abrid, pues, los ojos, buena mujer, y dad la bienvenida a la luz.

(Aldonza calla).

ESCRIBANO II.—¡Mirad que cabeza dura!

JUEZ.—¿Dudáis que sea verdad lo revelado por el señor Pedro Martínez?

P. MARTINEZ.—¡Bueno sería ello!

ALDONZA.—No, todo ha debido de acontecer como él lo declara.

P. MARTINEZ.—Tu rostro se ha vuelto de cera. Pues ¡qué! ¿me guardaríais rencor por la farsa?

ALDONZA.—Que Dios perdone a vuestra merced el mal que me ha hecho, señor Pedro Martínez; mas, si hubo farsa, sólo puedo bendecirle por ello.

JUEZ.—¡Tan grato es soñar con los ojos abiertos?

ESCRIBANO II.—Vuestra merced es paciente en extremo.

VOCES (De la multitud).—¡Habrá dormido en la luna!

—¡Déjad que diga lo suyo!

ALDONZA.—Sí, sí, ya os entiendo... No sabía él si quiera que yo era en el mundo, y no lo hubiese sabido jamás, a haberme quedado yo ahuchando trigo. Mas, cuando Sancho le hubo dado cuenta de lo que él llamaba su embajada...

JUEZ.—¿Sancho?

P. MARTINEZ.—El escudero del loco.

ALDONZA.—fuerza era que pensara en mí, puesto que cada noche me hablaba en alta voz, con el rostro vuelto hacia el Toboso.

VOCES.—(En la multitud). — ¡Escuchad el sermón!

—¡Se le ha vuelto el juicio!

ALDONZA.—Partíme, porque él así me lo ordenó, antes de morir. Pues, ¿cómo hubiera yo osado, sin su mandato, de poner sobre los suyos mis pasos? Mi señor había dispuesto de mí, y Sancho me repitió su última voluntad con las palabras que fueron sus postreras palabras... Mal que os pese, nada podréis cambiar de todo ello. Tanto peor si él no me amaba cuando me escribió. Mas bien me amaba a las puertas de la muerte, y sus labios pronunciaban mi nombre, cuando compareció ante Dios.

P. MARTINEZ.—¡Pobrecilla! Ha perdido el juicio.

GINES.—¡Qué de desatinos dice!

ESCRIBANO II.—En la casa del nuncio está su sitio, entre los locos furiosos a quienes se sujeta con argollas de hierro y bañan con cubos de agua fría...

VOZ DE SANCHE.—¡No!

(Agitación en las rejas).

VOCES.—(En la multitud). — ¡No empujéis, barrigudo!

—¡Buen cebo tenéis hermano, para el caldero!

—¡Mirad que hay pies en mis alpargatas!

(Aparece Sancho tras las rejas, abriéndose paso entre las gentes).

SANCHE.—¡No! ¡Vuestra merced me escuche!

ESCRIBANO II.—¿Quién sois?

SANCHE.—La novicia gallega de la que ha poco hablaba el señor mercader, o más bien, Sancho Panza, el escudero del ilustre caballero.

JUEZ.—¡Dejadle entrar!

(Un arquero abre la reja).

VOCES.—(En la multitud). — ¡Sancho, el barrigudo!

—¡Sancho, el panzudo!

—¡Sancho, el mofletudo!

—¡Sancho, el carnudo!

—¡Sancho, el carrilludo!

ESCRIBANO II.—¡Silencio!

ALDONZA.—¡Eres tú, mi buen Sancho!

SANCHE.—¡Mi señora Dulcinea! Dos días llevo buscándoos en esta ciudad de pecado, donde cuesta más la funda que la espada y donde las posadas son cólicos para las bolsas. Al acecho he andado por todas partes, errando de la mañana a la noche, como fariseo en la procesión, deteniéndome apenas para remojar el gaznate o para reconfortar mis tripas. ¡Pues no pregunté por vos a pocos de esos tragaldabas! ¡Para venir a hallaros aquí!

ALDONZA.— En malísima postura.

SANCHE.—Vended conchas a quien vuelve de Santiago. ¿Pensabais acaso hallar asado el pajarillo y que se os hiciera justicia con tanta presteza como quien hace caer las nueces del árbol?

JUEZ.—¡Reconocéis, señor Pedro Martínez, al correo aventurero!  
SANCHO.— Los andantes, ya sean caballeros, escuderos o señoras no comen pan sin pagar nada...

P. MARTINEZ.—No es otro que el escudero de marras.

SANCHO.—...ni se pescan truchas a bragas enjutas.

P. MARTINEZ.—No pudiera confundirle con otro, así se hallase entre todos los escuderos que han de poblar el valle de Josafat.

SANCHO.—Ténganos el pie al errar y verá del que cojeamos.

GINES.—Tan harto de proverbios está como de ajos.

JUEZ.—Escuchadme, buen hombre.

SANCHO.—Reíd cuanto os plazca, señor mercader. Yo soy hombre pacífico, manso y sosegado, por lo que sabré disimular vuestras injurias, que más quiero a mi cuerpo que a mi camisa, y más que a mi cuerpo un solo negro de la uña de mi alma.

JUEZ.—¿Me escucharéis o no?

SANCHO.—Cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo tengo sobre las costillas, y no he de sufrir que una inocente cargue la culpa de mi pecado.

ESCRIBANO II.—¡Callad, enhoramala!

ALDONZA.—El señor Juez te interroga, Sancho.

JUEZ.—¿Cómo vinisteis a Toledo?

SANCHO.—El Rucio y yo tenemos entrambos seis patas.

JUEZ.—Bien está; mas, ¿qué os trajo?

SANCHO.—La Virgen del Sagrario, las cadenas de los cautivos, y ésta, más que la virgen y las cadenas.

ALDONZA.—¡Sancho, Sancho, tienes la cabeza más dura que las grandes vasijas del Toboso!

SANCHO.—Suelta tiene la lengua, porque habíame prohibido que la siguiese; mas vuestra merced, señor juez, esté seguro que bien se huelga de verme otra vez junto a ella.

ALDONZA.—¡A fe que no mientes, grandísimo porro!

JUEZ.—Decíais poco ha que...

SANCHO.—Sí, señor Juez. Pero mire, vuestra merced, que antes de dejar mi aldea, puse a buen recaudo el sustento de los míos. Dejo casada a mi Sanchica con Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, nuestro vecino, que es mozo rollizo y sano, y que conoce desde que corría con las posaderas al aire, y que no miraba de mal ojo a la muchacha.

JUEZ.—¿Para contar esta historia habéis venido?

SANCHO.—No, señor Juez. No se dirá por mí, el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quiénes fueron los Panzaas.

ESCRIBANO II.—¡Coseos la boca!

SANCHO.—¿Pretenderéis que no dé respuesta al señor Juez, que me honra con sus preguntas? Corrido estoy de haberme refugiado bajo el cobertizo, dejando toda la lluvia para sus espaldas. He aquí lo que se gana con

¡juntarse con los buenos, que se viene a ser uno de ellos, aunque se tiemble de miedo.

JUEZ.—¿Fuisteis vos, en verdad, quien hizo saber a esta mujer las últimas palabras de vuestro amo?

(Sancho guarda silencio).

ALDONZA.—Suelta sin temor el hilo de este ovillo, que yo he hablado como en confesión.

ESCRIBANO II.—¿Y bien?

SANCHO.—Suplico a vuestra merced, señor Juez, que no use de severidad para con ella, y no la juzgue por lo que dice, pues no repara en ello, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y menester es romper la nuez para comer el meollo.

JUEZ.—¿No habéis entendido mi pregunta? Os la repito: ¿habéis sido vos quien llevó las últimas palabras de vuestro amo...?

SANCHO.—Bien había entendido a vuestra merced.

JUEZ.—Pues si ello es así, responded.

(Sancho calla).

ESCRIBANO II.—No pudo antes cerrar la boca, y ahora no acierta a abrirla.

ALDONZA.—¿Por qué callas, Sancho?

SANCHO.—Quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda...

ALDONZA.—¡Ea, abre tu alforja y váciala!

SANCHO.—A eso he venido, y a aliviarme del peso que agobia mi ánimo y que me quitaba el sueño. Pues si no hubiese dado yo en hablar y más hablar, vos, señora, os hubieseis vuelto al Toboso, donde os hallaríais ahora en sosiego para seguridad vuestra y bien de los huéspedes.

ALDONZA.—¿Te pesa haber obedecido, bellaco, o por cobarde me tienes? (Sancho calla). ¡Basta ya de revolver la olla!

SANCHO.—Dije un poco menos de lo que fué y un poco más de lo que vos deseabais oír, que así lo hice siempre con el paladín, por estar yo hecho a remar cuando no sopla el viento y la liebre vuelve a su madriguera.

ALDONZA.—¡Vamos! ¡Separa ya el mijo del trigo! ¿Dijo él o no estas bellas palabras que sólo Dios puede oír, y que lastiman los oídos de los hombres: "Ármate de ternura, sea tu coraza la compasión"?

SANCHO.—Confieso que no las dijo.

ALDONZA.—¡Ah!... Pero, ¿es verdad que dispuso de mí para legarme a los desventurados?

SANCHO.—Confieso que no hizo tal.

ALDONZA.—¿No me dejó ordenado que tomara su camino?

SANCHO.—Nada os dejó ordenado.

ALDONZA.—¡Sancho, Sancho! ¿No pronunció a lo menos mi nombre?

SANCHO.—Dios y todos los santos del paraíso son testigos de que lo pronunció... Pues verdad es que su última palabra fué vuestro nombre, y es asimismo verdad que, en diciéndolo, entregó el alma.

ALDONZA.—Pues, entonces, todo es verdadero... ¡Ciego, ciego! Lo demás no era menester que fuese explicado, que con decirme: "Da el heno



a la mula", bien sé que he de darle también agua, sin que de ello se me advierta.

JUEZ.—¿De qué suerte habló el caballero? Repetid cabalmente la sentencia como ella fué dicha, delante de los testigos que habéis citado.

SANCHO.—¿Juzga, en verdad, necesario, vuestra merced...?

ALDONZA.—¿Sí, Sancho amigo, repítela, repítela! Recibiré tan gran contento de oírla, tras el susto que me has dado.

JUEZ.—Te escuchamos.

SANCHO.—¿Que Dios me perdone!... Pues, dijo: "No hay..."

ALDONZA.—"No hay amor..."

SANCHO.—¿No es eso!... "No hay Dulcinea".

ALDONZA.—¿Mientes!

SANCHO.—¿En Dios y en mi ánima, que no habló de otro modo!

(Aldonza cae de rodillas y apoya la frente sobre la mesa. Silencio.)

Luego, grandes carcajadas).

VOCES.—(En la multitud).—¿El se despojó de su locura!

—¿Pero ella la recogió!

SANCHO.—Todas mis necesidades estuvieron encaminadas a evitar el verla como ahora, que no parece sino la Virgen de las Angustias. Muy tonto es el que se arroja al fuego para librar de las cenizas. En su contento pensaba yo, y no en otra cosa, e ibanme manando las palabras así como advertía la extrema necesidad que tenía ella de oírlas. Mas, a no tener ya tan apagado el olfato, bien hubiera olido lo que había de suceder, que de una bellotita toma cuerpo la encina, y con ser yo y mi señora como San Roque y su perro, por mi culpa se aflige ahora ella.

JUEZ.—¿Qué decís a esto, maese Ginés de la Herra? ¿No la juzgáis ya bastante castigada?

GINÉS.—Si cree vuestra merced que ello basta, consiento en que se absuelva a una tan grande mentecata. Séale la lección castigo, que buen pasatiempo nos ha procurado, sin cobrar nada, con su caballero y su misión. Vuestra merced sea servido de dejarla ir libre en pago de su comedia.

JUEZ.—Agradeced, pues, a maese Ginés, hija mía, y volved a vuestra aldea. Sois libre. Arremangaos los brazos, reanudad vuestros menesteres y envejeced en paz. ¡Ea, andad, y no más sueños!

ESCRIBANO II.—¿Abrid las rejas!

(Un arquero abre la puerta).

VOCES.—(En la multitud).—¿Ahí vienen!

—¿Entretenimiento tendremos!

(Aldonza no se ha movido).

SANCHO.—El Rucio nos espera en la posada, señora Dulcinea, y no se ha de vacilar, ni dar lugar a un rosario ni a diez avemarías para salir de aquí. Vamos con pasos tan largos como puntadas de sastre en vísperas de pascuas.

ESCRIBANO II.—¿Vamos, levantaos!

SANCHO.—Bien sé yo lo que se cuece en vuestra olla. Cuando la cereza está madura se mete el gusano, y un ligero soplo es bastante a trocar

la rosa en escaramujo. ¿Qué otra cosa son esa piedad y esa justicia, sino necesidades cuyo uso está prohibido como el de las viejas monedas, y que más acostumbradas son que las botas del arzobispo Turpín? Querer curar a los hombres de sus miserias es romper la anguila en la rodilla, pedir peras al olmo, sacar agua en un cesto y bautizar al diablo. Menester es volar bajo, de miedo a las ramas.

JUEZ.—¿Valor, hija mía!

SANCHO.—Tengan fin vuestras cuitas, señora Dulcinea, que nadie es mayor que su talla, y el que no puede galopar, que trote. Que Dios no nos haga de faltar, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua. Venid, que os acomode sobre el Rucio. Volvamos a nuestro lugar, y ¡mal haya la sed de aventuras!

(Aldonza sigue inmóvil).

JUEZ.—Valiente os mostrabais, no ha mucho. Considerad con sosiego do ánimo lo que aquí ha sido probado. Primeramente, fué una burla; luego una mentira, y vuestra imaginación levantó el resto. ¡Un castillo de arena barrido presto por el viento! No sois Dulcinea, sino Aldonza, y lo demás no existe.

¿Lo reconocéis?

ALDONZA.—(Levantando la cabeza). ¿No!

JUEZ.—Esta vez...

ESCRIBANO II.—Rebosa bondad vuestra merced.

SANCHO.—La extravía la pena, así como la breva revienta de la mucha agua que contiene.

ALDONZA.—Hanme anudado toda esta historia en el corazón como un cencerro en la cola de un gozque... ¿Estáis ya hartos de reír? Mentía por bellaquería el mercader, y por bondad, el villano, y todo no era sino embustes. Mas abiertos tengo ahora los ojos, y bien sé que el caballero ni siquiera pensó nunca en mí.

ESCRIBANO II.—¿Pues bien?...?

JUEZ.—¿Reconocéis, pues, que...?

ALDONZA.—Pero ello fué porque él vivía, y todo lo ignoraba de mí, y se hallaba muy lejos. Mas ahora que es muerto, me ve y está junto a mí, sabe lo que ha sido y lo que dejará de ser para mí. A fuer de caída, creyó la mula que chasqueaban el látigo, sin ser verdad; pero, pese a ello, se zafó de la zanja. Yo correspondía a un amor que no sustentaba su pecho; obedecía a órdenes que él no me daba... Mas ahora está muerto. Ahora, bien mío, me conocéis, me aceptáis y, finalmente, me mandáis.

JUEZ.—¿Pobre hija mía!

ALDONZA.—¿Pompas que yo soplo? ¡No! ¡Que él dióme una señal para que no dudara, una señal por la que vosotros mismos no tendréis duda! Manchaos de sangre cuanto os plazca, arrancando de mis entrañas todo lo demás, que no por eso cambiaréis nada de lo que es. Si más caro me lo hacéis pagar, no he de quejarme, pues jamás lo pagaré en su justo valor.

JUEZ.—¿Qué queréis decir y qué visiones...?

ALDONZA.—No visiones, sino un milagro que Dios ha permitido.

JUEZ.—Mirad bien lo que decís.

ALDONZA.—En la cueva donde me prendieron vuestros arqueros, en esa madriguera de mala venturados, había uno de horroroso rostro, de triaca cara comida por una úlcera. Me pidió que le besara por hacerle limosna de ternura, que le hiciera merced de un beso que nadie le había dado en muchos años.

SANCHO.—¿Tocó vuestra boca esa llaga?

ALDONZA.—Sí, y allí me estuve con los ojos cerrados, helada de terror... Cuando volví a mirar, no quedaba huella del mal en el rostro que habían tocado mis labios. *(Corto silencio)*.

SANCHO.—Es cosa averiguada que el don de hacer milagros es más provechoso que el gobierno de una ínsula, por lo que os ruego que escuchéis mi consejo y os deis a ser santa de una vez por todas, puesto que en vuestra mano está el escoger.

JUEZ.—Gustan de mentirosos prodigios los ángeles caídos. El caso con todo, no es ya de vuestra incumbencia, y convendrá que ahora os examiné y juzgue el Santo Oficio.

*(A este nombre la multitud, hasta entonces callada, estalla bruscamente)*.

VOCES.—¡Santo Oficio! ¡Santo Oficio!

—¡Come-difuntos!

—¿Dónde escondes las garras del demonio?

—¿Cuántos ahorcados te eran menester para derretir una candelilla negra?

—¡Santo Oficio!

—Bonita estarás con el San Benito amarillo!

—¡Bajo la corroza!

—¡Santo Oficio!

JUEZ.—¡Echad fuera a esos que dan voces y hacédlos callar!

*(Los arqueros empujan a la multitud)*.

ESCRIBANO II.—No son los iluminados los menos abominables herejes, que el linaje de Francisco Méndez no se hizo polvo con él. Aquí, en el mismo Zocodover, en el auto de fe de la pasada Pentecostés, dos mozas de Calatrava fueron también quemadas por hacedoras de milagros, con poder de Satanás.

FRAILE.—*(Entrando)*.—No hubo milagro.

ESCRIBANO II.—¿Qué trae hasta aquí a vuestra paternidad?

FRAILE.—No soy más que un hermano indigno que presencié lo que esta mujer refiere.

ESCRIBANO II.—¿Visteis curar esa úlcera?

FRAILE.—No he visto sino a cojos de robustas piernas, a mancos con dos brazos, a tuertos con entrambos ojos y a toda suerte de simuladores de llagas e invalideces, para mover con ello a caridad a las buenas almas, a pícaros, en resolución, en cuyo número me cuento.

P. MARTINEZ.—El nudo se deshace sin espada.

FRAILE.—Hallábame yo presente cuando el hombre de la úlcera mendigó un beso a esta mujer para poner a prueba su compasión, reír de su asco y burlarse de su valentía.

JUEZ.—Broma era también ésa, Pedro Martínez.

FRAILE.—Sí; la llaga estaba figurada con una vejiga pintada. Un tirón fué bastante para arrancársela, moviendo a la moza a imaginar que había hecho un milagro.

ESCRIBANO II.—¿Y vuestra simplicidad os hizo caer en semejante trampa, como una paloma!

*(Aldonza no deja escapar ni un grito, ni una lágrima, ni ha cerrado los ojos. Pero retrocede azorada y se coloca de espaldas a la pared bajo el Cristo)*.

GINES.—¡Ea, los hechos son los hechos!

P. MARTINEZ.—El buen sentido recobra su derecho.

GINES.—A poco más, llega a inquietarme la mozuela.

P. MARTINEZ.—La fortuna te es adversa, Aldonza. Tu historia no es más que alquimia, de un cabo a otro cabo. Falso es el héroe...

ESCRIBANO II.—...falso, el amor...

GINES.—...falsa, la misión...

P. MARTINEZ.—...falso, el milagro. *(Risas de los mercaderes y del escribano)*.

JUEZ.—Mas no fué falso el valor, pues si la úlcera no era una úlcera, el beso fué un beso!

FRAILE.—La vi yo en aquel punto, y por ello se rompen ahora las ataduras que me unían a mis pecados. *(Cae de rodillas)*... ¡Soy un apóstata, y huí de mi convento!... He robado, he vendido falsas indulgencias y he mentado... He blasfemado y he hecho escándalo de mi carne y de mis hábitos... He manchado mi santa unción, bautizando animales inmundos al conjuro de Belial. He quemado el evangelio, he hollado la cruz con mis pies y he profanado el cuerpo de Cristo... Es mi crimen mayor que el de Judas, pues vendí éste a Dios para la salvación, mas yo le vendí para maleficios... He rodado por el estiércol hasta dar en el abismo, pero desde el fondo de mi iniquidad clamo misericordia y espero castigo... Sed tengo del agua del "in pace" y de la sangre de la disciplina... Llamad al inquisidor, no para esta mujer, toda luz, sino para la oscuridad de mi noche... ¡Santo Oficio! ¡Santo Oficio! ¡Benditos sean tus verdugos, mensajeros del perdón!...

*(Largo silencio. Aldonza deja ver su rostro transfigurado)*.

JUEZ.—¿También esto es falso, mercaderes? ¿La llaga de esta alma no era sino pintura? Regocijaos, hermano, porque vais a padecer y a seguir la vía que el Espíritu Santo os traza.

FRAILE.—Deo gracias.

*(Sale acompañado de un arquero. Entra corriendo otro arquero)*.

JUEZ.—¿Qué sucede?

ARQUERO.—Una multitud furiosa se ha congregado en la plazuela, dando voces y pidiendo que la bruja sea entregada al Santo Oficio.

JUEZ.—Echad los cerrojos a las puertas y bajad las rejas. Sea servido el señor escribano de dar aviso al alcalde de ese alboroto.

*(Salen el escribano y el arquero)*.

SANCHO.—Ocasión es ésta y punto, ¡oh, paladín entre los paladines!

para que, apareciendo de pronto, barras a estos desalmados con el huracán de tu lanza.

JUEZ.—Id a traer vuestro esno, buen hombre, para que guiéis a vuestro lugar a aquella a quien podéis tener orgullo en servir.

SANCHO.—Nada será bastante a quitarme que la sirva, mientras vean mis ojos el sol y la luna.

JUEZ.—Apartaos, señores mercaderes, y dejad salir, no sólo a este hombre, sino también a aquel otro que camina adelante y que no era quizás más que un loco.

SANCHO.—Llegadas son, pues, pascuas floridas.

(Sale Sancho muy ufano. Los mercaderes le siguen con la cabeza inclinada. El juez se acerca lentamente a Aldonza, que no se ha movido).

ALDONZA.—Nada me han dejado.

JUEZ.—Nada, si no es la gracia de Dios.

ALDONZA.—¡Nunca había sido más dichosa!

ARQUERO.—(Volviendo). Señor Juez, esos endemoniados han perdido la cabeza; blanden cuchillos y hachas, dando amenazadoras voces de que, si vuestra merced deja ir libre a esta mujer, han de matarla apenas traspase estos umbrales. No cesan de gritar su nombre.

ALDONZA.—¿Qué nombre?

ARQUERO.—Dulcinea.

ALDONZA.—Dulcinea...

ARQUERO.—Me acompañan muy pocos arqueros.

JUEZ.—Mandad a pedir ayuda a la Santa Hermandad (sale el arquero). No temas, hija mía, que no han de derribar las puertas.

ALDONZA.—Nada temo. Dejadme ir.

JUEZ.—¿No has entendido para qué te llaman?

ALDONZA.—Bien he entendido, mas me llaman por mi nombre. Dejadme ir para que ese nombre resuene en mis oídos, y que tras él no oiga cosa alguna en este mundo.

MULTITUD.—¡Dulcinea! ¡Dulcinea!

ALDONZA.—Escuchad... y pensad cuán horrible sería venir a ser otra vez la que fuí. Cuando los galeotes del rey son descubiertos en la fuga, rodean sus cinturas con unos anillos de hierro, por los que son asegurados a los bancos; y cuando mueren, no son los hierros los que rompen, sino que cortan sus cuerpos para darles libertad a pedazos. ¿Es eso lo que queréis? ¡Mis brazos, mis piernas, mi cuello y mi vientre en jirones!

MULTITUD.—¡Dulcinea!

ALDONZA.—¡Tened piedad de mí! ¡Dejadme ir!

JUEZ.—Entiende mi alma vuestro anhelo, mas no puedo consentir que se cumpla.

ALDONZA.—¡Llegue, pues, cuando sea tarde la Santa Hermandad! No perdáis este instante, que es dado para que yo sea verdaderamente de todos...

MULTITUD.—¡Dulcinea!

ALDONZA.—... y de mí misma. (Casi murmurando). Sólo se mata

lo que es, y pues que llaman a Dulcinea, nadie podrá decir que no ha habido Dulcinea.

(El juez se llega a ella, la toma por los hombros y la mira largamente a los ojos. Aldonza inclina la cabeza).

JUEZ.—Si ello es pecado, cargue mi alma con su peso... ¡Vé, hija mía!

ALDONZA.—Que Dios os lo pague.

JUEZ.—(Llamando). ¡Arqueros, obedeced a esta mujer, y cuando ella os lo ordene, abrid de par en par las puertas!

ARQUERO.—Pero bien sabe vuestra merced...

JUEZ.—... ¡Obedeced!

MULTITUD.—¡Dulcinea! ¡Dulcinea!

(Una dulce y purísima sonrisa ilumina el rostro de Aldonza mientras sale. Afuera, continúan las voces; se oye luego el ruido de los cerrojos, y bruscamente la muchedumbre enmudece. El juez se vuelve hacia el Cristo).

JUEZ.—¡Señor, recibid el alma de vuestra sierva...

(En el exterior estalla una furiosa gritería, El juez cierra los ojos. Sigue una pausa, y luego, vuelve a hacerse el silencio).

JUEZ.—... de vuestra sierva Dulcinea... para que, muerta para esta vida, siga viviendo...!

F I N



El Teatro Experimental de la Universidad de Chile ha efectuado una intensa labor para realizar los cuatro puntos básicos que se señaló al fundarse: 1.º Difusión del teatro clásico y moderno. 2.º Teatro Escuela. 3.º Creación de un ambiente teatral. 4.º Presentación de nuevos valores. Parte de estas bases han sido realizadas. Pero, en su crecimiento, en su lucha por la consecución integral de estos principios, el teatro universitario se ha encontrado con serios inconvenientes: falta de salas teatrales; dificultades de tiempo de sus integrantes para dedicarse intensamente al estudio, ensayo y preparación de sus actuaciones; tropiezos para organizar una idónea escuela de teatro. El Teatro Experimental ha estudiado seriamente estos problemas y se ha propuesto superarlos. Para esto, ha iniciado una vasta campaña por:

- 1.º EDIFICACION DE UN TEATRO ADECUADO;
- 2.º PROFESIONALIZACION DE LOS ARTISTAS DEL TEATRO EXPERIMENTAL;
- 3.º CREACION DE LA ESCUELA DE ARTE DRAMATICO.